

RECENSIONS

GARCÍA CALVO, A. (1999). *Del aparato (Del lenguaje III)*. Zamora: Lucina. 543 pp.

MATÍAS LÓPEZ LÓPEZ
Universitat de Lleida

Por fin, Rueda (criatura por medio de la cual el autor esquiva el Nombre Propio) y sus “retoños de la Gramática carnal”, Lina y Trino, han regresado adonde solían, al debate en profundidad –nada que ver con lo académico– acerca del lenguaje y sus muchas vicisitudes y trampas (el último ataque tuvo lugar en 1983: *De la construcción [Del lenguaje II]*, continuación, a su vez, del inaugural *Del lenguaje* [de 1979]; de Agustín García Calvo nos llegó asimismo más tarde un *Hablando de lo que habla. Estudios de lenguaje* [en 1989], volumen por mí mismo reseñado en *Sintagma* 1 [1989], 77–80).

Resulta dolorosa la *damnatio* de que es objeto Agustín García Calvo en las revistas de Lingüística, que apenas se hacen eco de su labor infatigable en el terreno gramatical (cuando son ya 1.463 en total las páginas por él escritas sólo en los tres tomos *Del lenguaje*), y es, en verdad, tristemente poco o nulo el caso que hacen a su obra los que a sí mismos se llaman y consideran ‘gramáticos profesionales’ de éstas o aquellas escuelas del Saber Establecido; pero en fin: no seré yo quien caiga en el engaño de sacrificar una vez más al sabio que hay en García Calvo en pro de la estéril e insulsa disputa acerca del ‘personaje’ que, a la vez, vive en él y que, en el fondo, representa a lo sumo un papel secundario y circunstancial en la riquísima trama de su vida y sus escritos.

Si en *Del lenguaje* se ocupó de cuestiones como la entonación, la sílaba y el campo mostrativo, y en *De la construcción* abordó aspectos relativos a la organización de la frase y a la consideración de la unidad ‘palabra’ como

léxica y como sintáctica, en *Del aparato* trata García Calvo del dispositivo o sistema en sí mismo, esto es, de los modos de conexión de las gramáticas de las lenguas posibles con una gramática común que se deja rastrear al margen de la Ciencia, una de cuyas instituciones más sólidamente asentadas ha terminado por ser, precisamente, con sus galas universitarias y más en concreto bibliográficas, la Gramática o, por mejor decir, la pretensión de que 'se sabe Gramática'.

El libro *Del aparato* no arranca de un capítulo 'cero' o 'uno', sino que prosigue con un 'XIX' inicial el discurso interrumpido en 1983, que ahora llega hasta una sección 'XXXI'; posee las enormes dificultades terminológicas, conceptuales y tipográficas –estas últimas, magistralmente resueltas por los impecables medios técnicos de la editorial Lucina– que son habituales en las publicaciones de Lingüística y Lógica del "Dr. García", pero nada de todo ello hurta una cabal comprensión de los problemas si el lector 'se deja' implicar en la lectura, que, para una acaso conveniente parcelación de los contenidos, y como alternativa eficaz a los intrincados lemas de los manuales al uso, cuenta con el apoyo suplementario de un pormenorizado 'repertorio de cuestiones' final.

Pero, para escribir un libro de estas dimensiones y características, que se propone combatir la Ciencia de la Gramática y la pedantería filológica, García Calvo sólo podía hacer lo que ha hecho: salirse de la Realidad, incluso en los detalles de orden más externo que confieren estructura o trabazón literaria a este *continuum* de reflexiones, a saber, debía situar la acción –la dramatización del pensamiento a través de personajes– en un tiempo impreciso y en un lugar utópico e idealizado (de "pozas del arroyo" y "setos de las zarzas"), a modo de una ficción en la cual Rueda, Lina y Trino, cual pastores de la vieja tradición bucólica, pudieran prestarse a una cálida *altercatio* que sólo va a conocer la limitación del crepúsculo de cada jornada, como si de un *deus ex machina* se tratara capaz de recordar a las "tres coquitas-de-Dios" (como Virgilio hiciera forzando la aparición del 'tercero en discordia') que, por unas horas, hay que volver al redil (no deje el lector de apreciar el lirismo, bien 'irreal' y ajeno a los tratados de Lingüística, con que García Calvo cierra y abre cada capítulo o sección de su libro). Así pues, se inscribe de nuevo el autor –fiel a sí mismo– en las laxas convenciones del 'diálogo socrático', en el que cabe casi todo (pues ahí las reglas del género sólo ponen los raíles para que pase el tren), una forma de *lógos* que a veces me pregunto si, en García Calvo, no cede ya terreno a la 'diálexis' de voz única e interlocutores ficticios de que echa mano con tanto lujo de recursos en sus diatribas Séneca el filósofo. Sea como fuere, son éstas circunstancias accesorias.

Acabo de decir que García Calvo es fiel a sí mismo. En efecto, lo es siempre: con dificultad podrá el lector deslindar el discurso metalingüístico –éste en que el lenguaje, de pronto, se pone a hablar del lenguaje– de la línea de pensamiento ‘negativo’ (‘hablar de algo ya es, en buena medida, hablar contra ese algo’) que recorre toda su gigantesca producción, desde los poemas a los prólogos, desde las traducciones a los manifiestos, desde el teatro a las actualidades, desde el ensayo a la erudición en su sentido más amplio; así es que, en definitiva, el gramático hace también desde estas páginas guerra de guerrillas para contribuir, *pro virili parte*, al desenmascaramiento (contumaz, sistemático) de la falsía de la Realidad junto con sus innumerables ardidés, como, aquí, el de que puede haber algo más que ‘lenguaje corriente’, ése que, por fortuna, “a veces, sin que nadie se lo mande, acierta a hablar de veras, a cantar, a decir lo que cualquiera siente y nadie dice” (pág. 52).

El libro es rico en observaciones teóricas, y, como era de esperar, no defrauda nunca en cuanto al equilibrio entre ficción discursiva y enjundia de los contenidos. De particular interés juzgo la parte dedicada a la Cópula y al paso que, a través del nacimiento de un “Verbo *SER*”, se da de la sintaxis a la semántica (pág. 195 y sigs.), por su relación con el nudo argumental por excelencia que da sentido al trabajo: el descubrimiento de que ‘vocabulario semántico’ y ‘Realidad’ son lo mismo y de que, por esa vía, el lenguaje “se sale de sí” para transformarse en artefacto cultural, herramienta científica y pretexto para establecer una determinada organización social (pág. 224 y sigs.). Muy lúcidas son asimismo las consideraciones en torno al diálogo o dialéctica como acto de ‘compulsación’ perpetua entre Hablante y Hablante –en relación con los índices sintácticos, los Cuantificadores y los Mostrativos– (pág. 301 y sigs.), así como valiosas las indicaciones sobre ‘Género gramatical’ y ‘Sexo real’ que se dan a propósito de un más que probable surgimiento del Género en situación de paridad entre sexos en las instituciones (pág. 426 y sigs.).

Del aparato es otro brillante episodio en la pugna de García Calvo contra ‘lo semántico’ como principio ordenador de todas las actividades y operaciones lingüísticas, y a lo largo de la obra se deja traslucir la presencia constante que esa discusión ha tenido en la dilatada trayectoria (no sólo intelectual en sentido estricto: me atrevería a decir que, sobre todo, docente y divulgativa) de su autor, orientada a vislumbrar, en la medida en que ello resulta posible, la ‘lógica de las cosas’ o lenguaje verdadero, que sólo imperfectamente acierta a expresarse por boca del lenguaje humano; y no habrá por mi parte ningún empacho en reconocer y admirar que, incluso en esta tan ardua parcela de los saberes lingüísticos, pueda asomar, con asombrosa y espontánea coherencia

—más que con una determinación consciente—, la noble acracia o independencia (que no anarquismo: ¿quién puede ser, en realidad, anarquista?) que, con el paso de los años, ha convertido a Agustín García Calvo en una indeleble referencia de autoridad.

Porque vamos a ver: ¿y si no fuera la Realidad ‘todo lo que hay’? Quien tenga vagar (y amor) para leer las 543 páginas de este libro se dará cuenta de una cosa importante: sólo alguien capaz de no someter la teoría a ‘lo que ya se sabe’ ha podido escribirlas. Bien pocos ensayos de Lingüística (si es que, en verdad, los hay) han prestado menos atención que éste a hilvanar un discurso ‘estándar’ o ‘de Escuela’, fácil para que puedan leerlo ‘una gran mayoría de críticos y especialistas’; a fin de cuentas, como dice Lina (pág. 372): “En todo caso, a nosotros no es la marcha del mundo precisamente lo que nos atañe”. Y que, por favor, nadie se tome estas palabras, desde el Progreso, como un aserto elitista o insolidario: queriendo ir tan deprisa a ‘lo semántico’, habrá demostrado quien así estime no entender nada, pues nunca se debe olvidar que Realidad y pensamiento pertenecen a mundos separados.

Para concluir estas notas sobre *Del aparato*, quiere suponer quien las firma que, por fin, algún año de éstos, y visto que la “provecta edad” de Agustín García Calvo le está permitiendo cumplir viejas promesas —como aquel incierto *Lucrecio* que, por suerte, acabó convirtiéndose en el precioso don filológico que ahora es para cualquiera que desee embarcarse con él—, verá la luz el, si no lo titulo yo mal apelando a la memoria, largamente anunciado *Tratado de prosodia, métrica y rítmica* (también en *Del aparato* varias veces aludido), llamado a ser —sin ningún género de dudas— la continuación lógica para algunos pormenores aún pendientes de ulterior desarrollo, como “pretendidas lenguas con a la vez juego de tonos y acento”, “confusiones con los hechos del ritmo de la frase o con el acento de énfasis o sobreacento”, “lenguas donde la conciencia de acento más falta o más está desvanecida, frente a lenguas en que el acento está mucho más neto y pujante para las subconsciencias”, “sujeción del habla a la necesidad del ritmo y, por tanto, a la rotura o discontinuidad, a la repetición o vuelta de lo mismo, y, por ende, a la diferencia entre sucesos inmediatos”, entre otras muchas intuiciones y verdades. Que nada tuerza tan loable empresa.